1. El Gordo Pepe

El primer poema que escribí fue un espanto, en el instante en que lo terminé eché por la borda todo aquello que mi pobre padre me enseñó en tantas lecturas, tantas veces, alrededor de la mesa familiar, la famosa sobremesa casera. Años y años escuchando y leyendo poesía, la buena poesía, la de los grandes, los clásicos, esa poesía que resuena como un tambor antes de entrar en batalla o aquella otra que silba como un pájaro melancólico frente a la última luz del atardecer o la que acaricia como la mano de la madre que sostiene entre los brazos a su recién nacido. Sin contemplaciones, la destruí toda. Aún hoy, recordar mi primer poema me genera una melancólica vergüenza, sin embargo, desastroso y rengo, sigo pensando que fue mi mejor poesía. No porque mereciera algo más que la compasión del olvido, sino porque en sus versos desfasados y arrítmicos hablaba yo con mi primera voz, una voz limpia, sin temor, sin *cortapisas*, sin el miedo paralizante al *qué-dirán* que tantas veces después ha regido mi literatura. Ese fue un poema visceral, claro y honesto, sin ningún talento, sin ningún encanto, pero lleno de esa verdad, maravillosa y desfachatada, a la que solo se atreven los niños, los borrachos y los locos.

¿Cómo iba yo a saber que no sabía nada?, que no bastaba con mis ganas de escribirle a Claudia para hacerlo

bien, que la melodía, la cadencia, la belleza rítmica de un poema, su sonoridad y su calidad, estaban más allá de un par de rimas forzadas al final de una serie de versos apretujados en cada línea, en cada estrofa, en cada intento. Además de ser un mal poema, mostraba ya —eso lo supe muchos años después, conversando con Josefa y con Gloria María— esa inclinación mía por menospreciarme, por andar pidiendo disculpas por lo que escribo, por ponerle excusas a mis palabras (Josefa me dice que debo «creérmela» y no andar como mendigando permiso por cada frase que se me ocurre, mientras que Gloria —menos tierna pero tal vez más objetiva— aclara que mi actitud «es una farsa, una falsa modestia, porque tú eres un vanidoso»).

Aún guardo en algún rincón de mi biblioteca, en medio de las hojas de un libro maltrecho que hace años no consulto, mi primer intento, mi primer *fiasco*, mi largo poema de amor con que no hubiera podido enamorar a nadie que tuviera un buen oído o alguna idea de lo que la palabra «estética» significa. Cómo será de obsesiva la culpa que me persigue que todavía recuerdo los primeros versos recargados, acomplexados y rendidos: «Yo, que nadie soy, / de ti me enamoré cuando te vi. / Tú, ¿qué eres? Mi vida, mi aire. / ¿Qué haría yo sin ti...». Supongo que entonces era verdad, entonces me sentía nadie o nada o invisible o intrascendente o como fuera que mejor se pueda decir que me sentía incapaz de llamar la atención de las muchachas que empezaban a brillar a mi alrededor. Yo no era como Carlos, el que hacía maravillas con la pelota en la cancha de fútbol, creando jugadas, cambiando el ritmo, «haciendo magia», como él mismo me decía; o como Castorcito, el defensa del equipo, al que todas las chicas miraban entusiasmadas mientras él agitaba su melena amarilla como la del león que se creía, aunque le dijeran Castorcito y aunque Claudia alguna vez me confesara incrédula: «¿Castorcito es un galán? Mal apodo, suena más como de niño encerrado en su cuarto, estudiando

y comiendo nueces o manzanas o algo así... Si lo llamaran «león», o sea no león, pero un nombre más, no sé, «Rey de la Selva», pero ¿Castorcito?, si escribieras una novela nadie te creería que él es un galán...»; o como Alonso, que tocaba la guitarra como nadie, y hacía maravillas con la batería, y cantaba canciones de amor a todas las muchachas hermosas que suspiraban cuando eran alcanzadas por esos ojos verdes melancólicos que tenían la cualidad de convertir a esa inmensa construcción de músculos feroces en un muchachito dulce y tierno; o como Nicolás, que aún negado para los deportes y las competencias de fuerza, poseía una apariencia de *latin lover* inconfundible, era el bailarín vivaracho de ojos saltones, palabra fácil y sonrisa rompehielos, cuyo éxito con las mujeres era ya, a sus dieciséis años —y con no poca competencia—, una leyenda en el colegio. No es difícil de comprender, entonces, que rodeado de estos amigos me sintiera transparente, imperceptible, como el indigno que vive expulsado de esos centros ceremoniales de atracción que, en la adolescencia, son el gimnasio, la cancha de fútbol y las pistas de baile.

Mi problema residía en que el desarrollo me llegó tarde, muy tarde. Mantuve durante la secundaria esa complexión debilucha del que aún no consigue la masa muscular suficiente, la fuerza suficiente, la altura suficiente. El médico dijo que no me ocurría nada malo, que todo se explicaba porque yo era más joven que los demás. Y, claro, eso era así gracias a la obsesión de mi madre por «ahorrar tiempo», obsesión que hizo que yo fuera inscrito en primer grado cuando acababa de cumplir los cinco años, con lo que siempre fui el menor de mi promoción. Ser «el chiquillo» no me generó ningún problema en la primaria donde todos —hombres y mujeres— éramos más o menos parecidos; pero, al pasar a secundaria y comenzar con la adolescencia, empezó a hacerse notable que si en el aspecto académico mantenía una clara ventaja sobre mis compañeros, en el físico me encontraba a

la zaga de toda mi promoción, tanto así que muchas mujeres eran más grandes y más fuertes que yo, y me empezaron a llamar «Bebé» con esa compulsiva necesidad maternal que las hijas de Eva desarrollan en la adolescencia junto con sus formas, curvas y volúmenes. De nada valieron mis quejas y reclamos, mi solicitud de vitaminas y refuerzos alimenticios, el doctor insistió en que todo marchaba bien y que para nada era una anomalía «el retraso de la maduración física en algunos individuos». Sí, así me llamó, «individuo», y entonces me sentí empequeñecido por esa palabra que me era extraña pronunciada con ese tono sin emociones, aséptico y esterilizado, que siempre he detestado en los médicos que parece que dejen el corazón en la Facultad de Medicina porque es mejor «ser objetivo» y de tanta objetividad terminan siendo insensibles y vaya uno a saber cómo un ser que ha perdido (o escondido) sus sentimientos pueda luchar apasionadamente por mi vida. «Sin corazón no somos nada», eso lo escuché en alguna parte y sigo creyendo que quien lo dijo tenía sobrada razón, será por eso que huyo, aún hoy, de hospitales y clínicas, de sanatorios y salas de operaciones, de doctores y enfermeras.

A los quince años mi cuerpo seguía siendo el de un púber, flaco, pequeño, con músculos imperceptibles, sin rastro de barba ni de ninguna otra pilosidad urgente e imprescindible en aquella época, y con la apariencia —perturbadora para mí y desalentadora para cualquier mujer— de un chiquillo de once o doce años. Todo eso confabulaba en mi contra y el «ten paciencia» de mi padre no era ningún consuelo cuando mis compañeros me hacían bromas pesadas en las duchas, me ganaban en todas las competencias y ejercían sobre las mujeres una atracción que a mí me parecía casi mágica y de la cual me sentía absolutamente excluido, exiliado, como los *parias* o los leprosos que eran arrojados de la seguridad de la ciudad para que se murieran de hambre y fatiga y no contagiaran su peste en el pueblo.

Es cierto que no fui víctima de demasiados abusos, hábil en los estudios, eficiente con la palabra, rápido en mis respuestas, nunca faltó alguien que me protegiera, que interviniera por mí, alguien que, aunque fuera por conveniencia, me librara de los maltratos de los «bacancitos», de los «papis», de los abusivos de siempre, de esos que se sentían dueños del colegio, dueños de los pasadizos, de las aulas, de los patios y, sobre todo, dueños de las chicas.

El Gordo Pepe fue mi mayor protector, mi «seguridad personal», no por nada es aún hoy, lejos de esos tiempos y a tantos años de esas carencias y debilidades, mi mejor amigo. El Gordo era un haragán y no pretendía, según él mismo declaraba: «Malgastar mis energías estudiando». Le encantaba leer, pero odiaba que lo obligaran a hacerlo bajo la amenaza de los «controles de lectura». Era bueno con los números pero detestaba hacer tareas y resolver los tres mil quinientos problemas del Baldor, esa intragable colección de libros de matemáticas con la que nos atormentaron durante toda la secundaria. Así que decidió no hacer nada, o casi nada. Un día descubrió que estudiando de mis resúmenes podía obtener la calificación indispensable para aprobar los cursos y nunca más hizo otra cosa que protegerme. Me daba risa, su actitud me recordaba a las viejas tradiciones feudales en las cuales el campesino, que tenía la fuerza de trabajo, recibía la protección del señor feudal, que tenía la fuerza militar. Con Pepe desarrollamos una relación *simbiótica*, sí, ese concepto lo aprendí años después en el Discovery Chanel, cuando hablaban de los cocodrilos del Nilo, esos gigantes reptiles que necesitan la ayuda de un ave (ahora no recuerdo cómo se llama ese pájaro de patas largas y pico puntiagudo), que se encarga de escarbarle los dientes para evitarle caries molestosas, dolorosas y sin dentista disponible. Es maravilloso ver cómo el plumífero se pasea *impune*, sin el menor temor, por entre la muralla de colmillos del reptil, con la absoluta seguridad de que si bien el animal

puede cerrar violentamente la boca y tragárselo con solo un gesto, jamás lo hará porque lo necesita, es decir, son amigos por necesidad, por interés, por *simbiosis*.

Debo confesar (y ahora me da un poco de vergüenza) que por muchos años sospeché de la amistad del Gordo Pepe. Pensé que al finalizar nuestros años de colegio él seguiría su camino y nuestra relación, innecesaria ya para él, quedaría como esos episodios de la adolescencia que se traen a la memoria una vez al año en los almuerzos de ex alumnos donde todos se emborrachan un poco y donde todo pareciera volver, como por encanto, a los tiempos pasados. Esos almuerzos donde los años se encargan de verificar si aquellas promesas fueron ciertas, si el chico guapo se hizo famoso, si el deportista ganó muchas medallas, si el mujeriego permanece atractivo, si el estudioso sigue siendo el tonto del cual burlarse, si el flaco sigue flaco y el gordo, gordo. Almuerzos donde las mujeres aparecen con sus mejores tenidas, donde quieren rescatar esa luz que dejaron en su adolescencia, olvidarse de sus vidas, de sus hijos, de sus maridos y, por unas horas, ser de nuevo las chicas lindas detrás de las cuales anduvieron todos los chicos guapos del colegio. Reuniones a las cuales todos llegan con la ilusión de ser lo que eran o, los que andábamos en desventaja, con la ilusión de habernos convertido en todo lo contrario.

Felizmente me equivoqué con el Gordo y no tengo ningún problema en aceptarlo. No necesité de esos almuerzos melancólicos para enterarme de que él seguía (sigue) siendo el mejor de mis amigos. Alguna vez, ya grandes, ya con nuestras vidas hechas, deshechas y rehechas, entre botellas de vino, lo conversamos. Hablamos del pasado, de los tiempos idos, de cómo nos conocimos y cómo conservamos nuestra amistad a pesar de tantas distancias, a pesar de tantos problemas, a pesar de haber mantenido, durante un tiempo breve pero intenso y doloroso, esa batalla silenciosa, *soterrada* y feroz, por el amor de Claudia.

Pero me estoy adelantando demasiado, entonces, en aquella época, cuando nos convertimos en amigos simbióticos, el asunto fue muy sencillo.

Lunes, siete y cuarenta y cinco de la mañana, en diez minutos suena el timbre y, cinco minutos después, a las ocho en punto, la Chata Reátegui va a tomarnos el control de lectura de *La ciudad y los perros*. No habrá manera de convencerla para que aplase el examen. Iba a ser el viernes pasado, pero ese día no fue al colegio porque, según nos dijo Valderrama, el jefe de disciplina de la escuela, «se sentía indispuesta». Celebramos su ausencia como si fuera la victoria del equipo de fútbol del colegio, el escándalo fue mayúsculo, exagerado, estruendoso, tanto que «el Topo» se molestó (le decían así desde hacía muchas generaciones y nunca nos enteramos por qué, lo único que de él se sabía con certeza era que debajo del riguroso terno gris que siempre llevaba, mantenía, aún en su larga cincuentena, el atlético cuerpo de campeón de box que nunca supimos cómo ni en qué circunstancias terminó encargado de controlar el exceso de energía en los adolescentes de un colegio secundario). Valderrama, implacable en su sentido de justicia, nos hizo ir el sábado en la mañana «para que aprovechen su fin de semana leyendo ese libro del cual, seguramente, no han revisado ni la primera hoja».

No nos importó, estábamos felices. Fuimos el sábado y, por supuesto, no hicimos nada, no leímos nada, no aprendimos nada. Nos la pasamos conversando y cada vez que Valderrama se daba una vuelta para controlarnos, Carlos, que lo veía venir en el reflejo de la puerta de vidrio que dejamos convenientemente abierta, daba la voz de alarma, «¡ahí viene el Topo!», y todos hundíamos la mirada en cualquier página del libro hasta que el *cancerbero* se marchaba. El castigo fue un relajo y aprovechamos para almorzar todos juntos en El Rancho, el restaurante más famoso y más sabroso del barrio donde hacían un pollo a la brasa que no ha sido nunca superado por ninguna de las pollerías que luego surgieron a lo largo

de la ciudad. Se hizo la «competencia de tragones» y el Gordo Pepe ganó sin discusión, si bien Nicolás y Alonso le dieron pelea con una voracidad que era incompatible con sus cuerpos, no pudieron con él. Como el trato era que el que comía más no pagaba la cuenta, el Gordo anduvo radiante con lo ahorrado y todos los demás (incluyéndome, aunque comí solo un poco de papas fritas y una alita) tuvimos que dividirnos el gasto. «Comes como hembra, pero pagas como hombre», me dijo el Gordo riéndose con una de esas carcajadas escandalosas que lo caracterizan y dándome una brutal palmada en la espalda mientras yo sacaba los billetes y rumiaba silencioso mi estúpida decisión de formar parte de esa apuesta en la que jamás tuve oportunidad alguna. Carlos y Santiago (así se llamaba Castorcito) prefirieron pagar sin embutirse y se mantuvieron rezagados, explicaron que no les importaba perder porque ellos «se estaban guardando» para una cena que había en la casa de Castor por no sé qué aniversario de sus padres y a la que le habían permitido invitar «a uno de tus amigos, porque si vienen todos esos *famélicos* se terminan la comida, ¡ojalá que trajeras al Bebé!, ese sí es una garantía, porque no come nada...», todos se rieron cuando Santiago contó eso y «el Bebé», que era yo, también me reí.

Los muchachos molestaban a veces, pero eran mis amigos, esa era «mi patota», crecer con ellos en el mismo parque, que nuestros padres fueran amigos y que todos jugáramos juntos desde muy pequeños, me permitía estar con ellos. Si en algún momento alguno creyó que yo era un estorbo —porque era flaco, pequeño, no bailaba, no tomaba, ni tenía enamorada—, el episodio del lunes siguiente con la Reátegui mantuvo el curso de las cosas y logró que yo siguiera formando parte del grupo.

El Gordo Pepe llegó y se sentó junto a mí, que en esos momentos revisaba mi resumen de *La ciudad y los perros* y la biografía de Vargas Llosa que la Chata Reátegui nos había dado, me dijo «hey, Bebé, ¿sabes algo?» y le dije que sí, que

el libro era muy bueno, algo difícil de leer si es que uno andaba distraído, pero que era una novela que había revolucionado en su momento la narrativa local. Le hablé de los personajes, de «El Poeta», «El Jaguar», «El Boa» y «El Esclavo», le hablé de Teresita, del Colegio Militar Leoncio Prado, de Miraflores, de las ceremonias de iniciación donde los mayores humillaban a los «perros», que eran los estudiantes de primer año, le hablé de los temas más importantes que se explicaban en la separata —que nos habían dado hacía dos meses—: la violencia, el amor, la destrucción familiar, el militarismo, le hablé de las técnicas que usaba el escritor, que también estaban explicadas en la separata, del narrador múltiple, la estructura fragmentada, el uso de modismos, y... «¿De qué diablos me hablas, Bebé?, ¿te volviste loco?, no te entiendo nada, na-da, ¿te has fumado algo?», me interrumpió el Gordo. Traté de explicarle pero fue inútil, «no, no, no; no entiendo nada de nada, cuéntame solamente lo que pasa, quién le pega a quién, quién gana, quién se queda con la chica, y yo me encargo del *chamullo*, no me enredes con teorías extrañas». Empecé a decirle que era un irresponsable, que no había leído nada, que era imposible que entendiera algo si no había estudiado la «Guía de análisis literario», de Rodríguez y Gil Mariño, que la Reátegui nos había entregado a comienzo de año y que se había pasando explicándonosla por dos meses... «Bebé, no friegues, no me fastidies, no entiendes que hoy no hay tiempo para tus sermones», me dijo riéndose con una de esas carcajadas brutales, alegres y contagiosas, que nunca más he escuchado en mortal alguno, «dime de qué diablos se trata la historia y deja que mi palabreo se encargue, además, la Chata me ama...», y se volvió a reír mientras trataba de resumirle, en los cuatro minutos que nos quedaban, la trágica historia del Esclavo, el salvajismo del Jaguar y la frustración del Poeta.

La campana tocó irremediamente y anduvimos muy lentos caminando hasta el salón de literatura donde la Reátegui ya había separado las carpetas, ya había colocado

los exámenes, y empezó a situarnos estratégicamente en los diferentes asientos de manera que fuera imposible copiarnos. A mí me puso adelante, solo, en su escritorio, «ni hablar te pongo con los demás, Bebé, de ti estoy segura de que sí leíste el libro y te sabes muy bien el análisis literario, así que tú allá, bien lejos de tus *compinches*». Y me dijo «Bebé» porque todos me decían así y porque «Bebé» me dicen todos hasta ahora, todos, todos menos Claudia, que siempre me llamó «Jota», y que una tarde maravillosa, de esas que duraron poco y que dolieron mucho, me confesó que lo de «Bebé» le parecía ofensivo y que «no deberías dejar que te digan así», además, «es muy básico, muy estereotipado para alguien tan especial como tú», y yo sonreí como un imbécil, y me lo creí.

El examen se convirtió en una masacre para la mayoría, las notas fueron desastrosas y casi todo el salón se vio obligado a quedarse una hora después de clases una semana completa. En esas «horas de reforzamiento del conocimiento de la literatura», como denominó al castigo en la carta que les mandó a los padres de los afectados, la Chata Reátegui sometió a mis condiscípulos a sesiones aceleradas de análisis literario de la novela de Vargas Llosa.

«No puede ser que no sepan nada», repetía molesta, «así que se me van a quedar todas las tardes una hora para estudiar el libro y el que se queja se queda una hora más, ¿entendido? Es inaceptable que estén en cuarto de secundaria y no puedan leerse un libro en dos meses, ¡es una vergüenza!». Y mientras hablaba, el Gordo se aguantaba la risa y se tapaba la cara con las manos para que la profesora no viera cómo le divertía esa escena. Cuando sonó el timbre del cambio de hora y salimos todos corriendo, los demás maldecían su suerte mientras el Gordo lanzaba una de sus más poderosas carcajadas, «¡gracias, Bebé!, tú eres el Poeta de este colegio, el sabio; me salvaste, maldito, me salvaste; con tus conocimientos y mi labia, ¡no nos para nadie! Tú, encárgate de saber, Bebé, y yo me encargo de lo demás, desde hoy eres mi mejor amigo y yo,

a mis amigos, los cuido con mi pellejo...», dijo escandalosamente con ese vozarrón que se escuchaba desde un extremo al otro del patio.

De allí en más Pepe se convirtió en mi protector, «al Bebé no me lo toca nadie, ¿está claro?», y ni en los peores momentos, ni siquiera cuando luchábamos silenciosos por el amor de Claudia, faltó a su palabra.